

V A R I A

† PIER SILVERIO LEICHT (1874-1956)

El día 3 de febrero de 1956 falleció en Roma Pier Silverio Leicht. La escueta noticia de su muerte ha llenado de consternación a los historiadores del Derecho del mundo entero, que ven desaparecer en él una figura ilustre, señera, de la historiografía jurídica contemporánea. Hermann Lange, en la necrología que le dedica en el último número de la Revista «Savigny», no puede ocultar el recelo de que en el panteón familiar de los Leicht en Udine descansen un maestro cuyos méritos difícilmente serán ya igualados por ninguno de los componentes de las generaciones venideras. Al aceptar el comprometido encargo de honrar su memoria en estas páginas del ANUARIO, me resulta imposible mantenerme dentro de los moldes habituales en estas circunstancias, en las que parece obligado glosar la personalidad científica del maestro desaparecido, recordar sus trabajos y su valía, el significado de su aportación a nuestra ciencia. Imposible, sí, porque Leicht no es tan sólo, a mis ojos, el estudioso colmado de prestigio, que conocemos a través de sus obras y escritos; Leicht, para mí, es sobre todo el maestro y amigo inolvidable a cuyo lado permanecí durante años enteros, para seguir luego disfrutando su fecundo magisterio a través de una constante relación epistolar y de reiteradas, aunque breves, estancias en Roma; es el hombre que me abrió la intimidad de su hogar y del que recibí muestras de afecto inolvidables. Y siendo como es de ilustre, de insigne, la personalidad científica del profesor y del investigador, a mis ojos queda todavía superada, empequeñecida, en el contraste con la personalidad humana del varón selecto, del caballero sin tacha, del hombre bueno que fué en esta vida Pier Silverio Leicht.

Conocí al profesor Leicht en Roma en el mes de noviembre de 1942. Desde 1935 desempeñaba la cátedra de Historia del Derecho italiano en la Universidad de la Urbe y se hallaba en la plenitud de su actividad científica y de su carrera académica, una carrera iniciada en plena juventud y proseguida con infatigable tesón a lo largo de su dilatada vida. Miembro de una ilustre familia de origen germano, establecida en el Norte de Italia desde principios del siglo XVIII, su padre, Michele Leicht, había sido una figura insigne de la Magistratura. Discípulo de los grandes maestros italianos de las últimas décadas del siglo XIX, Pertile, Tamassia y Schupfer, Leicht completó su formación en Alema-

nia al lado de Heinrich Dernburg y Emil Friedberg. De vuelta a su país, inició pronto sus tareas docentes que habian de llevarle a profesar la enseñanza de la Historia del Derecho italiano en las Universidades de Cagliari, Siena, Modena, Bolonia y finalmente Roma. Su labor investigadora, desarrollada paralelamente a la de cátedra, se tradujo en una inmensa masa de trabajos de primera calidad —más de trescientos—, entre los que figuran obras tan importantes como los *Studi sulla proprietà fondiaria nel medio evo* (2 vol., Verona-Padova, 1903-07), la *Storia del Friuli* (Udine, 1923), *Il diritto privato preirneriano* (Bologna, 1933), *Corporazioni romane a medievali* (Torino, 1937), y tantos otros, parte de los cuales se recogen en los tres volúmenes de *Scritti vari*, que sus amigos y discípulos le ofrecieron, como cordial homenaje, en 1943. Por esas mismas fechas, Leicht completaba, en fin, la publicación de los cinco volúmenes de su *Corso di Storia del Diritto italiano*, fruto sazonado de una larga experiencia docente en las aulas universitarias.

Excedería con mucho los límites de esta necrología intentar esbozar todos los aspectos de la actividad científica de Pier Silverio Leicht. Me limitaré a señalar que fué el iniciador en 1912 de la colección de *Atti delle Assemblee costituzionali italiane*, monumental obra que ha dirigido durante casi medio siglo y de la que han aparecido hasta ahora cuarenta volúmenes. Director desde hace muchos años de la *Rivista di Storia del Diritto italiano*, sus merecimientos le granjearon justamente un sinfín de distinciones. Miembro de la *Accademia dei Lincei* desde 1920, perteneció también a las Academias de Ciencias de Viena y Berlín y presidió o formó parte de otras muchas corporaciones sabias italianas y extranjeras.

Otra faceta presenta todavía la personalidad vigorosa de Pier Silverio Leicht. Historiador por vocación y profesional de la Historia, no significó esto en él un alejamiento, una ausencia de las realidades de su tiempo. Leicht estuvo siempre presente en los problemas de su patria y de su época; desarrolló con noble apasionamiento una intensa actividad pública al servicio de su país. Decano de las Facultades de Derecho de Bolonia y de Roma, fué diputado en dos legislaturas sucesivas y desempeñó luego, en el período 1928-29, el cargo de Subsecretario de Instrucción Pública. En 1942 era, desde hacía ocho años, senador del Remo y en la Alta Cámara había desarrollado, como en todas partes, una infatigable labor, modelo de inteligencia y eficacia.

La casa de Leicht era por entonces en Roma lugar de reunión de figuras selectas de la vida intelectual italiana. Allí se daban cita maestros famosos como el historiador Marqués Balbino Giuliano, el romanista Pietro de Francisci o el venerable historiador del Derecho Enrico Besta. A su lado acudían los nuevos valores de la historiografía jurídica, como Carlo Guido Mor, Bruno Paradisi o el difunto Sergio Mochi-Onory. Todavía alcancé a conocer al último representante de la precedente generación de historiadores del Derecho: Leicht me introdujo en la Biblioteca del Senado, donde el nonagenario Carlo Calisse,

en la plenitud de su vigor intelectual, consagraba largas horas al trabajo, en aquellos que debían ser los últimos años de su vida.

La vida romana iba a verse turbada por las calamidades que la guerra mundial provocaría en tierras de Italia, convertidas en teatro de las operaciones militares. Leicht experimentó en su propia carne las desgracias de su patria. La paz había de procurarle nuevos motivos de dolor. Las pasiones políticas desatadas en Italia a raíz de la liberación no dejaron de herirle, como a otros hombres ilustres y de limpia ejecutoria que habían consagrado los mejores talentos a un leal servicio de su país. Días amargos para Leicht los de la inmediata postguerra, sobrellevados con serena dignidad, con elegancia. Su amargura hay que adivinarla a través de aquellas palabras del *Tasso* de Goethe, espejo de su estado de ánimo, que puso como lema al frente de su obra, publicada por aquellas fechas, *Operai, artigiani, agricoltori in Italia dal secolo VI al XVI*: «... quel che mi resta? la pazienza, o Leonora!» Pero Italia había de hacerle pronto justicia. Alcides de Gasperi, que conocía sus merecimientos y le tenía en la más alta estima, le confió importantes misiones relacionadas con el problema de Trieste y las fronteras orientales, y desde entonces los hombres de los Gobiernos de la nueva Italia no regatearon a Leicht el reconocimiento de sus méritos y le colmaron de muestras de distinción y respeto.

Pier Silverio Leicht sintió siempre especial predilección por España y los españoles. Con nostalgia recordaba su única visita a nuestro país, hace ya un cuarto de siglo, y en repetidas ocasiones le ilusionó la idea de volver, para conocerlo mejor y más despacio. Su relación con los españoles, iniciada en los años de catedrático de Bolonia, durante los cuales mantuvo estrecho contacto con el rector Carrasco y los estudiantes del Colegio de San Clemente, no se interrumpió ya nunca. Una íntima amistad le unió particularmente a don Fernando Valls Taberner, cuya memoria evocaba con frecuencia. En Roma acudía regularmente al Instituto Jurídico Español y seguía con marcado interés sus actividades y los trabajos que en él se desarrollaban. A su iniciativa se debió que la Semana de Estudios Altomedievales celebrada en Spoleto en la primavera de 1955 escogiera como tema central de sus deliberaciones el de los Godos en Occidente. Deseaba que ese tema, común a historiadores italianos y españoles, fuera la ocasión de nuevos y más amplios contactos entre unos y otros. La representación española que acudió al Congreso no olvidará fácilmente la muestras de amistad y afecto que recibió del profesor Leicht. Les abrió su casa de Roma y en la semana de continua convivencia en la histórica ciudad de la Umbría, los españoles recibimos una impresión imborrable del tacto, de la sabiduría, de la delicadeza y caballerosidad de Pier Silverio Leicht, Presidente de las sesiones del Congreso.

Leicht clausuró las jornadas de Spoleto con un admirable discurso donde recogía en síntesis luminosa los importantes resultados científicos obtenidos, fruto de las ponencias y de los debates habidos entre los

especialistas. Nadie al oírle podía sospechar que le quedaba un año escaso de vida. Pero Dios lo había dispuesto así. Dios, que había permitido en el pasado que hubiese de conocer pruebas dolorosas, sobrellevadas siempre con entereza de cristiano. En su casa de Roma guardaba Leicht como una reliquia un volumen preciosamente encuadernado que contenía unos cuantos trabajos de Historia del Derecho: eran las primicias de un joven historiador, las primeras publicaciones de otro Leicht, su único hijo varón, muerto en la flor de la edad. Otras desgracias familiares se habían abatido sobre él y un par de años antes le había dejado también la admirable compañera de su vida, junto a cuyo lecho de enferma incurable le había encontrado cuando mi anterior viaje a Roma. Pier Silverio Leicht, cuajado todavía de posibilidades, de promesas a los ojos de los hombres, estaba, sin embargo, maduro a los ojos de Dios. Su larga existencia de trabajo incansable había colmado con creces la medida de una vida fecunda. Había consumado la carrera y el Señor le llamaba para otorgarle el premio reservado a quien en la tierra fué siervo bueno y fiel.

JOSÉ ORLANDIS

† JOSE MARIA RAMOS LOSCERTALES (1890-1956)

En el curso de año 1956 el ANUARIO ha perdido uno de sus fundadores, al extinguirse en Salamanca la vida ejemplar de don José María Ramos Loscertales, maestro, amigo y compañero muy entrañablemente querido. Ha sido Ramos el segundo de los fundadores de nuestra Revista que nos abandona para siempre —muchos años antes había fallecido nuestro primer director, don Laureano Díez Canseco—, y Ramos nos deja cuando tanto podía esperarse todavía de una vida consagrada con noble abandono a la investigación histórica. Discípulo directo de don Eduardo de Hinojosa, como Claudio Sánchez Albornoz y Galo Sánchez, fué Ramos, con éstos y con Carande y Ots, uno de los que formaron la primera Redacción del ANUARIO y en nuestras páginas se han publicado varios de sus trabajos. Júzguese, pues, con cuánto dolor tenemos hoy que dar cuenta de su muerte, sobrevenida el día 1.º de abril de 1956, tras una larga y dolorosa enfermedad que Ramos soportó durante meses con resignada entereza.

Pocos casos habrá de tan absoluta entrega a la investigación histórica como el de Ramos, pero menos aún de un saber histórico tan puro como el suyo: tan fino, tan penetrante en el estudio de las fuentes y, al mismo tiempo, tan abierto a la comprensión inteligente del pasado. Porque Ramos, dotado de una inteligencia crítica muy aguda, sabía como pocos penetrar en el sentido de las fuentes históricas, las cuales estudiaba y analizaba una y otra vez hasta reanimar en sus pálidas noticias la vida a que respondieron, la realidad histórica que en ellas sólo borrosamente se trans-